

## 8. Un viento nefasto

A fines de 1989 la comunidad internacional había tomado conciencia de la hambruna en el norte de Afganistán mediante los testimonios de refugiados indigentes que en oleadas ingresaban a Pakistán y por los informes ocasionales de los trabajadores de ayuda humanitaria que viajaban por la región. Los artículos respecto a la hambruna comenzaron a aparecer en la prensa occidental. Las Naciones Unidas se prepararon para enviar cientos de toneladas de trigo por tren a lo largo de Europa y la Unión Soviética para almacenarlas en sitios ubicados en la frontera norte de Afganistán. Se hicieron planes para distribuir ese trigo en la primavera de 1990, en varias regiones donde la hambruna era más severa.

A mi regreso a Peshawar desde el norte de Afganistán, a finales de 1989, me reuní con los directores de un número de agencias de cooperación para discutir las señales de hambruna que yo había presenciado. Me uní a los encuentros planificados en Peshawar por el Cuerpo de Coordinación de la Ayuda Afgana (*Agency Coordinating Body for Afghan Relief -ACBAR*), un comité compuesto por muchos organismos de ayuda humanitaria que operaban en la frontera afgana. También contacté con el director de la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación en Afganistán (*United Nations Office for the Coordination of Afghanistan -UNOCA*), una nueva oficina especial de las Naciones Unidas fundada para coordinar la ayuda y reconstrucción en el interior de Afganistán. Este organismo era el que tenía que implementar los programas de ayuda por la hambruna tan pronto como fuera posible.

Sadruddin Aga Khan, el director de UNOCA, era el tío de Karim Aga Khan, el líder actual de la secta Ismaelí. El título “Aga Khan” es familiar para muchos estadounidenses y europeos por el matrimonio de Rita Hayworth con el hijo del anterior Aga Khan. Los Ismaelíes son una de las sectas islámicas más pequeñas. Su creencia es cuestionada por la mayoría de los musulmanes y se considera no-ortodoxa por la casi deificación por parte de los Ismaelíes del Aga Khan. Sadruddin Aga Khan era un individuo occidentalizado, muy educado y refinado que residía en Suiza y que había estado comprometido en muchos proyectos humanitarios alrededor del mundo. Dado que siempre ha existido una gran comunidad de ismaelíes en Afganistán, varios cientos de miles, Sadruddin parecía una elección razonable para el trabajo de encabezar la UNOCA.

Los representantes de la UNOCA me preguntaron, a finales de 1989, si estaba disponible para trabajar en la distribución de alimentos en las áreas de hambruna del centro norte de Afganistán. Varias cosas me hacían elegible para el trabajo: era uno de los pocos extranjeros que había hecho viajes extensos a través de la región, hablaba persa, y no tenía inconvenientes en trabajar en la zona de guerra. Además, y quizás lo más importante, conocía a la mayoría de los comandantes mujahidines del área.

En esa época, el gobierno marxista aún estaba en el poder en las ciudades de Afganistán, mientras los mujahidin controlaba el noventa por ciento de las zonas rurales. Dado que la hambruna estaba produciendo los efectos más devastadores en la

población rural, las Naciones Unidas buscaban trabajadores de ayuda humanitaria como yo, que tenían experiencia reciente en trabajar en estas áreas rurales. Otra condición para una designación de este tipo por parte de la ONU era la neutralidad política en el conflicto en cuestión. Yo tenía sentimientos negativos respecto a la invasión soviética de Afganistán, pero ellos habían retirado su ejército a principios de 1989. Los marxistas aún se mantenían en el poder, pero al menos ellos eran afganos. A diferencia de muchos extranjeros que trabajaban en la región, yo no sostenía la creencia ingenua de que la jihat islámica contra los marxistas afganos era una lucha pura y noble contra el mal. De hecho, había sido testigo del frecuente e innecesario derramamiento de sangre entre los mujahidines. Sin embargo aún amaba a Afganistán y a su pueblo, y quería ayudar en lo que pudiese.

Tas la retirada soviética, a mediados de 1989, las Naciones Unidas comenzaron a formular una nueva política. Su posición era que los refugiados en Pakistán e Irán, varios millones, debían ser repatriados tan pronto como fuera posible y hacerlo en condiciones seguras. Esta enorme población de refugiados había sido, durante cerca de veinte años, una enorme carga para Pakistán e Irán. Las Naciones Unidas estaban preparando el terreno en Afganistán para el retorno de estas personas a su tierra natal. La hambruna solo complicaba la ya de por sí difícil puesta en marcha de la nueva política de repatriación de las Naciones Unidas. Por estas razones, el lanzamiento de un detallado programa de ayuda contra la hambruna se había convertido en máxima prioridad.

Yo era el único estadounidense que estaba siendo considerado para tal puesto. Algunos de los miembros soviéticos y marxistas de las Naciones Unidas eran reacios a la idea de que los norteamericanos trabajaran dentro de Afganistán. Podía comprender sus temores. Los Estados Unidos habían gastado cientos de millones de dólares para financiar la guerra contra los soviéticos y agentes de la CIA habían estado activos en la región durante años. Mi designación era algo difícil de presentar ante los soviéticos y otros miembros marxistas de las Naciones Unidas comprometidos con la realización de los planes de distribución de alimentos.

Sin embargo, los marxistas no fueron los únicos que expresaron su oposición a mi participación en la distribución de alimentos. Algunos agentes políticos norteamericanos y europeos, y representantes de organismos de ayuda humanitaria que trabajaban en Pakistán también parecían oponerse de manera generalizada al plan de la ONU; se enteraron de mi candidatura para el trabajo y manifestaron sus objeciones. Ellos estaban en contra de los planes de la ONU para la repatriación porque pensaban que los refugiados serían enviados a Afganistán antes de que existiese la seguridad necesaria, como así también otras infraestructuras adecuadas listas para recibirlos. Otros se opusieron a los esfuerzos de distribución de alimentos simplemente porque estos se harían en cooperación con el régimen marxista aún en el poder.

En especial eran los norteamericanos en Peshawar quienes consideraban equivocada cualquier asociación con los marxistas. Les expliqué que aceptaría el cargo de la ONU para ayudar a alimentar a la gente hambrienta, sin importar quien estuviera en el poder.

Pero me iba a encontrar con problemas que yo mismo había generado. Había dado conferencias y entrevistas respecto a mi viaje reciente a Afganistán en los que informaba que de toda la ayuda masiva canalizada a través de Pakistán, en verdad muy poca había llegado a las aldeas afganas. Los periodistas y otros observadores de los quince años de guerra, aquellos que trabajaban principalmente desde las ciudades fronterizas de Pakistán, solo estaban interesados marginalmente en este asunto. No obstante ellos eran conscientes, en alguna medida, de la disparidad entre los comunicados oficiales del gobierno de los EE.UU. respecto a la ayuda a Afganistán y la realidad de cuan poca ayuda llegaba allí. Una buena parte de esa ayuda, la mayor parte militar, estaba siendo desviada por Pakistán.

La situación era igualmente desoladora para las agencias internacionales que intentaban distribuir la ayuda humanitaria. Aunque los administradores en Peshawar sabían que solo una parte de su ayuda lograba pasar y llegar a destino, ellos en general todavía sobreestimaban lo que efectivamente llegaba a los necesitados en las zonas rurales de Afganistán, donde la ayuda era más necesaria. Este fracaso en los esfuerzos de ayuda para enfrentar los desafíos era evidente en todas las provincias del norte que atravesamos en nuestros viajes en 1989. Algunos de los directores de organizaciones de ayuda con los que me reuní aceptaron mi análisis de la gravedad de la crisis. Otros refutaban esto. Para mí era evidente que todo el mundo estaba cómodo con el status quo. Sin embargo, el cambio estaba por producirse. Todo el mundo sabía que los mujahidines en algún momento derrocarían al régimen marxista. Una vez que esto sucediera, habría aún más presión sobre los donantes internacionales para que participasen en la repatriación de los refugiados. En el ínterin, había resistencia a establecer programas directamente dentro de Afganistán, aunque algunos de nosotros pensábamos que esa era la única manera en que los programas de ayuda y reconstrucción podían resultar más eficientes.

A pesar de las críticas, estaba interesado en trabajar con el programa de las Naciones Unidas para la distribución de alimentos. Me sentía aún conmovido por la inminente hambruna que había visto unos pocos meses antes. La investigación hecha por el Comité Sueco para Afganistán (*Swedish Committee for Afghanistan*) en el año 1989 respaldó mi sensación acerca de la gravedad del problema. Ellos habían enviado a treinta observadores capacitados para investigar el desastre. Los investigadores Abdul Baquee y John Tacon prepararon un informe muy útil sobre la crisis en el que se centraron en la hambruna en la provincia de Badghis, a menos de cien de millas al oeste de las áreas que yo había visitado.

Mientras yo concurría a las discusiones organizadas por ACBAR, un comité conjunto de las ONG's y de las agencias de la ONU que trabajaban en la región, también recibía asesoramiento de literalmente docenas de representantes afganos de las provincias del norte. La mayoría de estos representantes estaban a favor de expandir los programas que operasen directamente desde el interior de sus provincias en vez de desde Pakistán.

Después de un par de entrevistas con las Naciones Unidas, acepté una oferta de trabajo para ayudar a distribuir alimentos en el centro-norte de Afganistán durante la primavera siguiente. Una semana después me dijeron que los soviéticos habían rechazado mi nombramiento.

Pensé: “Bien, así son las cosas. Al menos evitaré más controversias alrededor de este asunto.”

Me encontraba en los Estados Unidos cuando, un mes más tarde, mi nombramiento fue propuesto otra vez. Esta vez los soviéticos no lo objetaron. Ahora tenía el trabajo. Sentí una mezcla de alegría y pavor. Me ilusionó: “Quizás finalmente pueda trabajar para conseguir comida para esos pueblos.” Recordaba las caras delgadas de la gente pasando hambre que yo había visto en mi viaje reciente.

Aunque mi trabajo en la ONU iba a comenzar en mayo de 1990, volé a Pakistán algunas semanas antes con mi amigo Homayon Etemadi para ayudar a establecer un taller de pinturas en miniatura en la capital, Islamabad. El taller iba a ser dirigido por Homayon, último maestro de miniaturas persas en Afganistán y último pintor de una corte real en el mundo islámico. Homayon era el primo de Zaher Shah, rey de Afganistán (depuesto en 1973). Durante décadas Homayon había trabajado como bibliotecario y pintor real. Por cientos de años, las cortes reales en el mundo islámico habían atraído a los mejores calígrafos y artistas en la región, artistas que elevaron el arte del libro al nivel más sublime de todas sus artes. Cercano ya a los setenta años, Homayon iba a transmitir parte de esta tradición a los refugiados afganos con talento que vivían en Pakistán. Este taller especial estaba financiado por el Comité Sueco para Afganistán y las Naciones Unidas. Las clases fueron propuestas a través de nuestra propia Fundación Afgana de Asistencia Cultural (*Afghan Cultural Assistance Foundation*). Yo tenía ganas de pasar un amplio período de tiempo con Homayon. Nos habíamos hecho muy amigos. Él también era mi principal asesor en asuntos de política y cultura. Deseaba que él viera personalmente nuestros proyectos de tejido de alfombras para la generación de ingresos en los campos de refugiados, y esperaba que él contribuyera a mejorar los colores que estábamos usando en las alfombras, aún cuando nosotros ahora estuviéramos reduciendo la escala del proyecto. Ya habíamos modificado el color de la mayoría de nuestras alfombras porque el mercado de EE.UU. apenas podía absorber la gran cantidad de alfombras rojas afganas. Nuestros colores aún no eran del todo correctos.

Homayon parecía encantado de compartir conmigo este viaje desde los Estados Unidos y de regreso a su lugar de nacimiento. Llegamos a Islamabad a principios de abril de 1990. Era el comienzo del mes del Ramadán. Homayon se reunió con sus familiares en Islamabad y yo fui a mi oficina en Peshawar. Las ciudades están separadas por varias horas de carretera, pero nos arreglamos para pasar varios días juntos cada semana.

Estas semanas con Homayon durante el mes del ayuno fueron encantadoras. El tiempo de ocio del Ramadán nos permitió horas de conversaciones maravillosas sobre la

vida. Nosotros hablamos mucho sobre el arte en particular, dado que él todos los días enseñaba a pintar miniaturas a alrededor de veinte jóvenes estudiantes afganos. Un día, le pregunté hasta qué punto el Sufismo había influenciado al arte y pintura afganos.

El preguntó de modo retórico:

- ¿Puede ser arte, si está desprovisto de Sufismo?

Pensé que su respuesta no solo estaba de acuerdo con la visión islámica tradicional respecto al arte, sino que también era coherente con las nociones japonesa y china del arte- si consideramos al Sufismo en su sentido más amplio como misticismo o iluminación espiritual. La idea de que el arte verdadero es una expresión de la espiritualidad es lo que distingue al arte tradicional de Oriente de gran parte del arte Occidental, el cual parece estar más preocupado con la personalidad del artista y la propia expresión individual.

- Homayon: ¿y qué opinas del arte Occidental? ¿Hay algo de *mutassawif*, algo de origen y carácter místico?

El respondió:- Sí, también es *mutassawif*, dado que, si es genuino, es el espíritu humano el que produce el arte. Todo arte verdadero se nutre de esta misma espiritualidad. Aunque algún arte es más potente, y nos conduce a niveles más profundos de apreciación estética espiritual. Parte de lo que se denomina “arte”, en Oriente u Occidente, en verdad no es arte sino una imitación de éste. Esto es así porque está demasiado ligado a la propia imagen del artista.

Los últimos dos días en Peshawar fueron de frenética actividad. Estuve lidiando día y noche con los cabos sueltos de varios proyectos. Los proyectos de nuestra Fundación radicada en Pakistán estaban en transición. Me encontraba cerrando el proyecto de tejido de alfombras que nos había dejado un stock de alfombras sin vender. Nosotros aún vendíamos algunas en nuestro local en Berkeley, California, pero teníamos una enorme cantidad apiladas en nuestro depósito. Alrededor del veinte por ciento de estos tejidos estaban manchados o eran defectuosos. La verdad es que nunca habíamos sido capaces de producir la calidad que el mercado europeo demandaba. Así mismo, el mercado de las alfombras había evolucionado a peor y ya no podíamos vender nuestros productos tan fácilmente como lo habíamos hecho a mediados de los ochenta. Habíamos empezado a experimentar con tejido de seda y algunos otros proyectos pequeños, pero estos no mostraban tanto potencial para ofrecer empleo generalizado tal como los proyectos de tejido de alfombras lo habían sido en los años 80.

El éxito de los proyectos de generación de ingresos para los refugiados se logra mediante el traslado del trabajo desde los campos de refugiados a mercados viables en otros lugares. El proyecto de tejer alfombras era un trabajo con suficiente mano de obra intensa como para que hubiera resultado muy prometedor, pero el mundo Occidental había sido inundado por un enorme número de tejidos provenientes de todo el tercer mundo. Algunos de estos productos, en particular los de India y China, eran más baratos y de más alta calidad que los nuestros.

Otra transición con la que estaba lidiando era la falta de confianza en mi equipo de Peshawar. Desde la vuelta a Pakistán del viaje al norte en 1989, las relaciones con Mohammed Ali, el encargado de mi oficina, nunca más fueron las mismas. Él me había defraudado en ese viaje al negarse a seguir con nuestro propósito original: proveer asistencia a los refugiados y desplazados internos en Afganistán. Tan sólo Abdul Hayy demostró verdadero valor y responsabilidad en ese viaje. Pero él era un miembro joven de nuestro equipo y carecía de habilidades administrativas. Aún así era la única persona en la que yo confiaba en la oficina de Peshawar.

Durante el caos en la víspera de mi partida, Homayon se reunió conmigo en mi oficina en una despedida emocionada. Pronto se puso a llorar.

- ¡No vayas, no vayas! ¡Hay mucho peligro allí! –suplicó Homayon.

Dije: - Homayon, no te preocupes. Si Dios quiere, todo irá bien. ¿Cuántas veces me dijiste que todo está en la voluntad de Dios, en las manos de Dios?

Haji Nezakat, el espía paquistaní que se había vuelto algo así como un amigo, también estaba con nosotros y también me advirtió de que no fuera. Le había contado a Homayon todo acerca de Haji Nezakat antes de partir de los Estados Unidos. Mis historias eran tan divertidas y extrañas que Homayon había expresado interés en encontrarse con él. Yo se lo presente justo después de llegar a Peshawar. Un par de semanas más tarde incluso emprendimos un viaje por carretera a las hermosas áreas alrededor de Swat en el norte de Pakistán. Permanecimos en un hotel rural y Haji Nezakat nos estuvo haciendo reír durante todo el día.

Pero ahora la cara de Nezakat estaba seria mientras me observaba hacer mi equipaje para Kabul. Él pensaba que en verdad los líderes marxistas en las distantes ciudades montarían algún tipo de trampa para matarme. Les dije a ambos que yo ya me había decidido e iba a ir, pasase lo que pasase. Después de una despedida emocionada, Haji Nezakat se fue por su camino. Homayon y yo nos quedamos charlando hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente le acompañé a la casa de su familia y me dirigí al aeropuerto.

Un par de horas más tarde yo me encontraba en Kabul. Medio dormido me dirigí al encuentro con Michael Shulenberg, el Director en el país de UNOCA, el nuevo departamento de la ONU establecido para la reconstrucción de Afganistán. Pasé los primeros días en consulta con Michael respecto a nuestros planes para las semanas futuras.

Por la tarde me alojaron en la antigua embajada alemana en Kabul. Excepto por la guardia, yo estaba solo en la embajada abandonada. Caminé por el jardín justo antes de irme a dormir. La noche estaba tranquila, hermosa, y llena de la fragancia de las flores. Las montañas del Hindu Kush coronadas de nieve brillaban en el fondo, recortándose en el cielo estrellado. Esta era mi primera vez en Kabul. Durante mis viajes anteriores a Afganistán siempre había estado viajando con los mujahidines fuera del alcance de las fuerzas marxistas.

Los primeros días exploré la ciudad antigua tan pronto como salía del trabajo. Había advertencias de que los mujahidines, principalmente Hesbi Islami, estaban lanzando misiles desde las afueras de Kabul. Estos misiles habían causado una carnicería indiscriminada en toda la ciudad, pero yo caminaba libremente por los sitios, como hacían la mayoría de los residentes. Parece que de alguna manera me había vuelto un fatalista. Ya había viajado a caballo a través del país, a menudo por caminos arriesgados. ¿Estaba empezando a creer en el *kismet*, el destino de “lo que está escrito”, o predestinado a ocurrir? Pensé que en algún nivel yo debía aceptar esta noción dado que no parecía registrar temor alguno de peligro inminente.

Michael era alegre y divertido. Él era el tipo de persona a la que le gustaba lograr que las cosas se hicieran. Pasamos horas discutiendo acerca de los pasos necesarios para la distribución del trigo en las áreas distantes del norte de Afganistán afectadas por la hambruna. Advertí unos pocos días después de comenzar el trabajo en la oficina de la ONU en Kabul que un par de empleados locales afganos tomaban un interés excesivo en mí.

Me pregunté: “¿Podrían estar espíandome para el gobierno marxista?”

Esto es lo que los afganos hacían todo el tiempo, preguntarse si la gente era espía. ¡Ahora yo lo estaba haciendo! Así es que para no dejar que esta idea se impusiera en mí, intenté hacerme amigo de ellos. Pensé en compartir mis intereses personales con ellos para ver que sucedía. Por la mañana, antes del trabajo, cuando ellos se detuvieron a ver la pila de libros que tenía abiertos en mi escritorio, los invitaría a que se acercaran a mirarlos. Parecieron estar un poco sorprendidos al enterarse de que en mi tiempo libre, yo estaba traduciendo uno de los clásicos de la literatura Sufi persa: el *Gulshan-i raz*, El Jardín de los Misterios Espirituales. Uno de ellos, Ibrahim Bamiani, era particularmente amistoso y servicial. Él mismo era el autor de un estupendo libro de fábulas afganas, del cual me regaló un ejemplar.

Una semana más tarde, después de estructurar varios planes con Michael, partí para comenzar mi misión en Mazar-i Sharif.

*Es de noche. Lucho para sostenerme en cualquier cosa mientras el barco se inclina peligrosamente hacia un lado. Las olas son inmensas, increíbles. El viento aúlla, gritando de vez en cuando, mientras sacude cortinas de agua en forma horizontal a través de la cubierta. Nuestro barco comienza a remontar la ola siguiente. Nunca he visto nada como esto. Parece que estamos ascendiendo a un ángulo de más de cuarenta y cinco grados ¡y no puedo ver la cresta de la ola adelante! Exclamo: “¡Estas olas son como montañas!” De pronto, ¡me doy cuenta de que en realidad son montañas! “¡Dios mío, oh Dios mío! ¡Veo rocas! ¡Hay un acantilado! ¡Espera...! ¡Hay árboles, árboles! ¡Eso es imposible, imposible!*

*En mi pesadilla nuestra goleta estaba escalando las montañas del Hindu Kush. Navegamos por encima de las rocas y a través de las líneas de árboles y nuestro buque sigue ascendiendo. Mi padre, el capitán de goleta Omer Darr, me llama a través del*

*oleaje. Él me asegura que todo está bien, que la embarcación puede lograrlo. -Está bien, Bob, la goleta aguanta. ¡Estaremos bien!*

La pesadilla finalmente me despertó. Estaba bajo una sábana delgada y empapado en sudor. Era mi primera noche en Mazar-i Sharif. El día anterior yo había volado desde Kabul hacia el norte, hacia Mazar, pasando por encima de la montañas del Hindu Kush, para comenzar mi nuevo trabajo con el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas. Mientras yacía allí pensaba respecto a la hambruna que se estaba expandiendo a través de las provincias del norte de Afganistán. ¿Iba a poder lograr por fin que algo de comida llegara a las aldeas que había visto el año anterior? Era primera hora de la mañana y no podía volver a dormir. Me levanté para pensar en cual era el siguiente paso a seguir. Aquí estaba yo, en Mazar, era la primera semana de mi nuevo trabajo, y ya me enfrentaba a controles de carretera para poder pasar la comida.

Mi primer encuentro con los otros miembros de la plantilla, el día anterior, había sido decepcionante. Ellos se mostraban reacios a comenzar la entrega de alimentos en las áreas distantes. Yo era el único allí con experiencia en estas áreas rurales. A diferencia de los europeos de la oficina de Mazar que solo habían trabajado en las ciudades controladas por los marxistas, yo sabía lo que era posible hacer allí afuera debido a mi trabajo del año anterior con los comandantes locales mujahidines. Mis nuevos colegas estaban preocupados respecto a las posibilidades de carreteras minadas y a ser capturados. En verdad estas eran consideraciones válidas, pero yo las veía como riesgos necesarios a luz de la gravedad de la hambruna que se extendía. Sentía la necesidad de lograr que las cosas se pusieran en marcha.

Durante la reunión del desayuno otra vez abagué por comenzar lo más pronto posible. Varios colegas rechazaron la idea.

- Simplemente es demasiado peligroso ir justo ahora. No podemos poner a nuestra propia gente en peligro –dijo un inglés.

- ¿Pero qué hay acerca de las miles de personas que necesitan comida? Solo imagina por un minuto que estuviéramos hablando de nuestras propias familias en estado de necesidad -repliqué.

Mi comentario le ofendió. Casi se burló de la sugerencia. Apartando la vista de mí y dirigiéndola a las uñas que se había estado mordisqueando, preguntó secamente:

-¿Es tú primera hambruna, Robert?

- ¿Mi primer hambruna?- Intenté imaginarme que es lo que quería dar a entender. ¿Se había vuelto tan insensible al sufrimiento que había presenciado en su carrera en el tercer mundo?

Pensé: “Quizás está en lo cierto, pero yo no puedo dejar que esto quede así. Debo lograr que la comida llegué allá. Tengo que hacer esto ahora.”



Podía ver que no iba a llegar a ningún lado con este grupo. Esa misma mañana, más tarde, hablé con el Jefe de la Misión local, Jacques Beaumont, respecto a la situación. Le dije que yo iría solo, acompañado únicamente por el personal afgano para conseguir que las cosas se pusieran en marcha. Disentimos sobre la idea pero al final él accedió. Comencé a hacer planes. Me había dado cuenta, cuando me encontré con Jacques un par de días antes, que él y yo seríamos capaces de trabajar juntos. Él era informal y accesible. Habíamos hablado en francés cuando él me saludó en el pequeño aeropuerto y me condujo en auto de vuelta a la oficina. Jacques había estado con las Naciones Unidas en Camboya durante el período de los “Campos de la Muerte.” Cuando llegué por primera vez a Mazar, el personal extranjero aún era bastante limitado, y consistía en un inglés, un etiope, un italiano, Jacques, y yo. Además, Jacques tenía un sirviente afgano que era su chofer y asistente.

Si me hubiera encontrado con Jacques en otro contexto, podría haber pensado que estaba hablando con un antiguo hippie, del tipo de los que acostumbraban a conducir camionetas VW de Europa a la India. El aún tenía el pelo largo, pero estaba completamente canoso y atado atrás en una cola de caballo; su barba de chivo alargaba su cara redondeada. Vestía una mezcla de ropas étnicas y occidentales. Sus collares de cuentas completaban la imagen. Yo admiraba su buena disposición para sumergirse en la cultura local. Me preguntó acerca de todo. Cuando logré conocerlo mejor, me contó acerca de cómo pasaba a través de este proceso de familiarización con la cultura local cada vez que comenzaba una nueva misión. Por lo general era una persona feliz y sociable, que parecía sentir placer en descubrir nuevas comidas, costumbres e ideas. Pasamos nuestro tiempo libre hablando acerca de la cultura afgana y visitando tumbas antiguas y sitios arqueológicos tales como las ruinas de la antigua ciudad de Balkh, lugar de nacimiento del poeta Jalaluddin Rumi; las ruinas no estaban lejos de nuestra oficina.

Un día Jacques me dijo que él y yo íbamos a encontrarnos con las personas mayores de las tribus del área para anunciarles el comienzo del programa de distribución de trigo y discutir propuestas para su puesta en marcha. Jacques y yo habíamos tenido un par de semanas para conocernos el uno al otro y yo había hecho lo mejor que había podido para aconsejarle respecto al protocolo y a la cultura afgana. Fuimos saludados por una asamblea de alrededor de veinte líderes eminentes de diversos grupos étnicos afganos que residían alrededor del distrito de Balkh. El comandante militar local marxista, General Sharafuddin, nos había proporcionado un lugar seguro para el encuentro cerca de su cuartel general.

Primero vinieron los saludos de costumbre. Cada uno con la mano derecha sobre su corazón decía una variación de: “¡La Paz esté contigo! ¡Que puedas tú vivir mucho! ¿Cómo estás tú? ¿Cómo están los miembros de tú familia? ¡Quiera Allah que ellos gocen de buena salud!” Yo respondí con casi las mismas frases y preguntas en nombre de Jacques y el mío propio. Con un grupo tan grande, este proceso de saludar nos ocupó unos cinco minutos más o menos. Después de estas formalidades, tomamos asiento en largos almohadones colocados alrededor del perímetro interno del piso de la habitación.

Siguiendo la mejor de las maneras educadas, miré alrededor del cuarto a cada persona con mi mano derecha sobre el corazón y ofrecí una sonrisa, y otra vez pregunté a cada persona acerca de su familia y de su tribu. Después vino una charla desenfadada pero con más detalle que nos permitió conocernos los unos a los otros. Yo traduje para Jacques diciéndole a las personas mayores que él era francés, que había trabajado en varios países fuera del suyo, que disfrutaba de Afganistán, y cosas por el estilo.

Quizás por su apariencia, los afganos me preguntaron sobre él más de lo habitual. Su pelo largo y canoso, los collares y las ropas étnicas les recordaban el tipo de hombre santo o *malang*, alguien que en su propia cultura podría vestirse de una forma extraña para indicar que está en un camino espiritual. A pesar de toda la cortesía cuidadosa de la cultura afgana, los afganos son esencialmente un pueblo muy franco que quiere averiguar todo lo que pueda acerca de los otros.

Uno de ellos directamente me preguntó:

- Nuestro eminente invitado parece tener los modales de un *malang*. ¿También los franceses tienen *majzoobs*, “afectados”, tal como los tenemos aquí? -por *majzoob* él entendía alguien que se había vuelto un poco loco con el amor de Dios.

- No estoy seguro que pueda responder esa pregunta dado que solo lo he conocido por poco tiempo -respondí. Le hice la pregunta a Jacques, que sonrió y respondió que estaba intentado comprender mejor la espiritualidad afgana.

Enseguida trajeron varias fuentes grandes de comida aromática y las colocaron en una tela limpia extendida en el piso delante de nosotros. Un joven se aproximó con un aguamanil para lavarnos las manos y comenzó por Jacques. Otro hombre joven siguió al primero con una toalla. La comida era abundante y deliciosa. Yo ya le había mostrado a Jacques como juntar algo de arroz y carne cuidadosamente en un pequeño y apretado bocado, llevarlo a la boca y entonces empujarlo con un movimiento hacia atrás del pulgar. Él parecía no tener problemas con nada de esto. La comida fue excelente y hubo silencio en la habitación, como es la costumbre en el Afganistán rural durante una comida. Luego trajeron las fuentes de frutas, junto con té verde. Comenzamos a hablar acerca de la gravedad de la hambruna. Las personas mayores de mayor dignidad dominaban la conversación, tratando de influir en nuestros planes de distribución de cientos de toneladas de comida para su pueblo.

Todo estaba yendo bastante bien hasta que de pronto, durante una pausa en la conversación, Jacques tuvo una flatulencia, bastante ruidosa. Se hizo el silencio en la habitación. Los afganos quedaron pasmados. Podía ver que, con dificultad, algunos de ellos reprimían sus risas. Otros parecían sorprendidos o disgustados. Aparentemente Jacques no sabía (y en verdad yo había fallado en advertírselo, no habiéndolo previsto) que largarse un pedo era una de las mayores meteduras de pata desde el punto de vista cultural, ¡especialmente ante una asamblea de personas mayores! Hay algunos occidentales que podrían tener una flatulencia sin pensarlo, o en forma humorística, pero un afgano nunca haría tal cosa. Podía ver, mientras cierta ansiedad se extendía por el rostro de Jacques, que él captó la perturbación que había provocado en la atmósfera

de la asamblea. Dirigió su vista hacia mí, y le dije (en francés), en forma tan tranquilizadora como me fue posible, que solo se mantuviera hablando, que ya nada podía hacerse. Más tarde, conduciendo de vuelta a la oficina, me preguntó más acerca del *faux pas*.

- Jacques, verás –comencé por decirle-, en verdad tener una flatulencia se considera una ofensa en esta parte del mundo. Primero, hay un mandato religioso: un pedo es una impureza que requiere la ablución menor antes de que un musulmán pueda orar o incluso tomar el Corán en sus manos. Además, la ofensa parece llegar a niveles más profundos en Afganistán. Está la historia de un hombre, Abid, que estaba sentado una tarde encantadora entre su propia gente en una aldea afgana, cuando de repente y en forma ruidosa, tuvo una flatulencia. Todo el mundo quedó conmocionado y sin palabras. Abid, horrorizado, de inmediato se levantó y huyó en la noche, completamente humillado. Su vergüenza era tal que se exilió durante varios años. Pero Abid echaba mucho de menos a su pueblo, por lo que años después regresó una noche oscura y los observó a la distancia mientras hablaban alrededor del fuego. De repente, uno de ellos recordó al pobre hombre, y dijo, - Me pregunto que habrá sucedido con Abid. Fue una vergüenza terrible que lanzase un pedo de la manera en que lo hizo- Al escuchar esto, Abid escapó otra vez en la noche, y nunca más se volvió a escuchar acerca de él.

A los pocos días, yo había organizado mi primera misión y estaba en camino a Sheberghan, una ciudad importante del norte de Afganistán, con varios camiones de trigo que iban uno detrás de otro. El primer oficial con el que iba a encontrarme era el Gobernador Maihanparast de Sheberghan. Caminé hacia su oficina y él me saludó con una sorpresa indisimulada por mi vestimenta. Él llevaba puesto un traje elegante occidental, chaqueta y pantalón, con una corbata que parecía apretar su cuello en forma incómoda con el calor. Yo estaba vestido, como siempre, en *shalwar-kamiz*, el pantalón largo y holgado, y la camisa suelta que visten los afganos nativos. Hablamos aproximadamente durante una hora y me condujeron a la casa de huéspedes. El Gobernador Maihanparast regresó esa tarde, esta vez vestido con las ropas tradicionales uzbekas, incluida una delgada capa de seda verde común en la región.

Él dijo con una sonrisa burlona:

- Bien, Señor Robert Darr, finalmente nos encontramos. Y ahora tenemos el placer de llegar a conocernos el uno al otro. El año pasado, yo tenía muchas ganas de ofrecerle hospitalidad.

Se estaba refiriendo a mi viaje, el año anterior, con los mujahidines al sur del área bajo su jurisdicción. Mi guía Abdul Hayy y yo nos habíamos detenido en la cercanía de Sangcharak, donde nos advirtieron que los marxistas sabían de nuestra presencia y estaban intentando capturarme. En ese entonces, Radio Afganistán había anunciado que un espía norteamericano estaba viajando en una misión a través del país.

Respondí al Gobernador Maihanparast: - Estaba increíblemente ocupado durante aquella visita y espero que me excuses por no haber tenido tiempo para visitarte aquí en Sheberghan.

El gobernador y yo nos divertimos mutuamente a la manera afgana, bromeando al respecto aunque ambos sabíamos que si yo hubiera sido capturado, eso podría haber sido un acontecimiento violento o trágico, al menos para mí. Antes de ese viaje, el personal de la embajada norteamericana en Peshawar me había advertido que era ilegal para los estadounidenses visitar Afganistán, precisamente por el peligro de ser capturados. Quizá la verdadera preocupación que tenían era que el régimen marxista podría haberme exhibido en los medios de comunicación para darle más peso a su afirmación de que los norteamericanos estaban ayudando a los mujahidín.

Continué: - De todos modos, en verdad es bueno estar ahora aquí contigo y hacer planes para distribuir el trigo.

- ¿En verdad piensas que tú puedes ayudar a esos fanáticos en el interior? –preguntó él.

- En verdad espero hacerlo lo mejor que pueda –respondí.

Él habló durante un tiempo respecto a cuan barbáricos pensaba que eran los mujahidines y que yo debería considerar cómo sería el futuro de Afganistán si ellos llegaban al poder.

- Gobernador, sé que puede sonar optimista, pero yo espero ver algún día elecciones democráticas en Afganistán. Probablemente esto solo sea un defecto mío, siendo un norteamericano.

Esa noche el Gobernador Maihanparast y yo hablamos durante varias horas. Al día siguiente supe que un par de nuestros camiones con trigo para entregar a las áreas rurales periféricas habían sido descargados sin autorización. Yo estaba furioso. Fui a la oficina del Gobernador Maihanparast, pero él estaba ausente. Pasé horas intentando conseguir una explicación apropiada de los conductores de los camiones, quienes decían que las autoridades les habían ordenado descargar el trigo. Nosotros ya habíamos asignado a la ciudad de Sheberghan varios camiones de trigo. Ellos habían tomado más de lo que les ofrecimos. Tal vez el gobernador sencillamente estaba decidido a que ningún alimento entrara en el territorio de su enemigo.

Protesté con vehemencia, pero todo fue en vano. El trigo había desaparecido. Me di cuenta de que este sería el costo de traer el trigo a través de Sheberghan. Definitivamente no podía aceptar esto. Sin embargo no había una ruta alternativa alrededor de Sheberghan para acceder a la provincia de Faryab.

¿O la había? Regresé a Mazar sin estar seguro de si la copa estaba medio llena o medio vacía. Después de todo, habíamos hecho una entrega con éxito. Por otra parte, el astuto gobernador de Sheberghan nos había tomado el pelo. Después de pensar en planes alternativos, elaboré una propuesta. La idea era tan extraña que al principio fue rechazada. Luego este plan fue aprobado. Pedí que una gran parte del trigo fuera entregada por los soviéticos en la frontera afgana, en un lugar que estuviera totalmente fuera del control del gobierno marxista.

Michael Shulenberg acordó presentar la solicitud a los soviéticos. Era una posibilidad remota, pero si ellos aceptaban este plan, estaríamos en posición de abastecer de trigo a la totalidad de la región con mayor facilidad.

Yo partí en una nueva misión para evaluar las necesidades de los pueblos en las áreas rurales más alejadas. Nuestros vehículos pasaron otra vez a través de Sheberghan y luego se dirigieron al sur a Darzab donde el año anterior yo había pasado algún tiempo con los mujahidines. Permanecí un par de días con el Comandante "Ingeniero" Nasim para llegar a un acuerdo por el cual las Naciones Unidas proporcionarían alimentos a cambio del trabajo para restaurar las carreteras. El Ingeniero Nasim de inmediato se mostró entusiasmado con el plan.

Una vez que alcanzamos un acuerdo en compensación por el trigo, él dijo:

- De inmediato comenzaremos a reparar las carreteras. Te prometo que mantendremos un registro detallado del trabajo realizado y el listado de las familias que se beneficiarán.

El ingeniero Nasim me permitió colocar una gran antena de radio cerca de su cuartel general de modo que pudiéramos comunicarnos desde lejos. Le conté sobre mi plan de conducir al día siguiente a Maimana, la capital de la provincia de Faryab.

- Sikandar, ten cuidado cuando estés en Maimana. No subestimes allí los actos traicioneros de los marxistas. Conozco a muchos de sus colaboradores que fueron traicionados